

E d i t o r i a l

Un nuevo anuario del CeDInCI —**Políticas-de-la-Memoria** n° 5— está finalmente en la calle. Decimos anuario porque sus páginas reflejan el resultado de un año de trabajo en torno a políticas de recuperación patrimonial que desarrollamos en forma paralela a una labor de promoción de la investigación y el debate en torno a la historia de las izquierdas. Son, para nosotros, dos momentos distintos pero simultáneos de una misma preocupación. Porque el archivo es un estímulo —e incluso más: una condición— para la investigación, y la investigación nos lleva a ampliar y también a conocer mejor nuestro acervo.

Un archivo es, como suele decirse, un reservorio. Pero es mucho más que eso. En principio, no es una acumulación espontánea ni tiene nada de natural, como puede sugerir el término. Es siempre el resultado de una construcción humana que se propone resguardar los testimonios de una cultura que corre el riesgo de ser olvidada, desvirtuada o capturada. En la voluntad de archivo está siempre la amenaza de la pérdida. Y si su construcción no es la garantía definitiva de la memoria, es al menos, una apuesta por la memoria.

Para ser biblioteca, hemeroteca, centro de documentación, y no una acumulación arbitraria de papeles, es necesario que exista siempre un principio de ordenamiento. Dicho orden, que en sus trazos fundamentales no tiene nada de “técnico”, es tanto o más valioso que las piezas que lo componen. Es que ese orden, al organizarlas, al sistematizarlas, las jerarquiza, las valoriza e incluso las significa de un modo particular y no de otro. Incluso, muchas veces, hace inteligibles ciertas piezas que, aisladas de ese contexto, aparecen como carentes de cualquier significación. En la estructura de un archivo está implícita una política de lectura de sus propias piezas.

Es ese principio de ordenamiento el que queda explicitado en la forma en que están organizados nuestros catálogos de publicaciones impresos. Junto a la ventaja que ello supone para el investigador que se aproxima a una temática, en torno a la cual encuentra un trabajo de investigación ya realizado y plasmado en la contextualización de su objeto de estudio en un conjunto más vasto de publicaciones, organizaciones sociales y corrientes políticas (eso y no otra cosa son los catálogos del CeDInCI), hoy nos enfrentamos a la compleja tarea de volcar toda esa masa de información cualitativa en un soporte informático que facilite su visibilidad en la web, con el consiguiente incremento de la accesibilidad pública de nuestros fondos. Se trata entonces de encontrar el modo — superando la escasez de recursos con creatividad, voluntad y decisión políticas— de tender a normativizar nuestras bases de datos preservando complementariamente los criterios originales de catalogación del CeDInCI, en los cuales está la huella de la historia y singularidad de nuestro archivo.

Un archivo, además de la suma articulada de sus piezas, es una relación entre personas. Entre quienes aportan sus donaciones y quienes las reciben e incorporan respetando ese orden; entre quienes ofrecen un acceso y quienes lo solicitan; entre quienes investigan y generosamente ofrecen el producto de sus trabajos para nuevas investigaciones. Es este conjunto de relaciones en permanente interacción el que convierte a esa suma articulada de papeles en un archivo vivo.

Los archivos nacen muchas veces como esfuerzos individuales. Pero como la vida del papel es más perdurable que la de un hombre, se plantea el problema de quiénes asumirán ese patrimonio, lo preservarán y lo acrecentarán más allá de las circunstancias de la vida y de la muerte de su fundador. Cuando el archivo muere con el archivista, la pérdida es irreparable. La generación siguiente debe comenzar desde cero una vez más, como ha sucedido y sucede aún, las más de las veces, en la historia de América Latina.

Los países desarrollados tienen una larga tradición en la recuperación de archivos privados, sea la asumida por asociaciones civiles, por bibliotecas universitarias o por el mismo Estado. En América Latina no contamos con esa tradición, ni con la conciencia cívica de su valor patrimonial, ni con una red sólida de asociaciones civiles, ni con políticas universitarias o estatales en pos de ese rescate.

Considerado dentro de este cuadro desolador, el trabajo que tiene por delante el CeDInCI es inconmensurable. Consiste, pues, en trabajar no sólo con papeles, en ordenarlos, en datarlos, en integrarlos a un conjunto que siempre se reformula; sino sobre todo, en construir una relación productiva con lectores e investigadores, en interpelar a potenciales donantes, en promover la demanda permanente a las instancias estatales para que exista una preocupación real por la recuperación patrimonial.

En la medida en que no quiere ser un simple repositorio, el CeDInCI busca informar públicamente acerca de sus fondos para que se amplíe constantemente su radio de lectores. Pero busca también construir sus propios lectores, esto es: transformar el lector pasivo en colaborador del Centro, en socio que debe colaborar en sostenerlo materialmente, en donante, en especialista que puede corregir o enriquecer nuestro trabajo de catalogación.

En la medida en que asume el problema que enfrentan muchas bibliotecas, hemerotecas y archivos privados, frecuentemente inaccesibles a la consulta pública, muchas veces desguasados por la generación de los descendientes, rematados o vendidos al extranjero, el CeDInCI trabaja incansablemente en la creación de una conciencia cívica acerca del valor público de estos acervos, de la necesidad de que no se fragmenten ni se enajenen. Y en recuperar el espíritu de legado, hoy casi desaparecido por el destino incierto de tantas donaciones privadas a bibliotecas y archivos públicos.

En la medida en que el CeDInCI cumple una función de recuperación patrimonial y presta un servicio público al permitir el acceso de investigadores y lectores, vino a suplir lo que el Estado debió hacer y no hizo. Sin embargo, aunque nuestros funcionarios públicos se llenan la boca día tras día con las palabras *patrimonio* y *memoria*, el reconocimiento y —sobre todo— el respaldo a nuestra labor ha sido, para decirlo suavemente, escaso. Sin duda, la cesión (en comodato) por parte de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires del inmueble que hoy ocupa el CeDInCI ha sido un apoyo importante, así como el subsidio que nos fue otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación para la compra en el exterior de colecciones microfilmadas del periodismo obrero, anarquista y socialista, editado hace un siglo en nuestro país pero desde hace décadas inaccesible. Sin embargo, debemos decir que estos dos apoyos no forman parte de una estrategia cultural de la Ciudad o de la Nación, sino que responden a dos demandas puntuales de nuestra parte, dos que fueron respondidas entre otras cincuenta que no encontraron eco. Frecuentemente, la burocracia estatal prefiere crear centros de recuperación patrimonial dentro de sus propias esferas, en lugar de contribuir a institucionalizar las mejores iniciativas nacidas del seno de la sociedad civil.

El CeDInCI, además, si bien es un espacio pluralista que alberga investigadores que provienen de diversas tradiciones políticas, auspicia una historiografía crítica acerca de los movimientos sociales y las izquierdas, fundada en un trabajo exhaustivo sobre fuentes escritas y orales, proclive a deconstruir los relatos canónicos producidos desde las formas institucionales tradicionales, interesada en las distintas dimensiones de la praxis política y la experiencia militante, y dispuesta al careo con los desarrollos del pensamiento contemporáneo.

El número de **Políticas-de-la-Memoria** que el lector tiene en sus manos es, pues, resultado de estas preocupaciones. El abanico político y tem-

poral de esta entrega es amplísimo, desde las utopías tardías de fines de siglo XIX hasta los últimos debates sobre las representaciones del pasado reciente, pasando por la formación de movimiento obrero y socialista en 1890, la correspondencia de dos figuras del anarquismo en las décadas de 1930 y 1940, las políticas culturales de los judíos comunistas en la década de 1950, la formación política del joven Laclau en la “izquierda nacional” o la experiencia militante de los hombres y mujeres del PRT-ERP. De nuestra capacidad para articular productivamente trabajo de archivo con investigación, recuperación documental y reflexión crítica, historia y teoría, juzgarán los lectores, que desde ahora quedan formalmente invitados a colaborar o a enviar sus comentarios y críticas. Volveremos a encontrarnos con un nuevo anuario a fines del 2005.



Estudiante revolucionaria, 1959